

Jesús y las mujeres trabajadoras

Por P. Martirián Marbán
ASESOR MTC

El contenido de este boletín sugiere el tema del trato de Jesús con las mujeres que aparecen como trabajadoras en la Biblia.

Trabajando ciertamente en tareas domésticas, de acuerdo a la mentalidad de la época.

Los lectores-ras de este boletín son conocedores de los relatos evangélicos, y por tanto les remito a las citas evangélicas, para que se deleiten con su sabrosa lectura, más aún si pertenecen a ese colectivo mayoritario en nuestras comunidades y en la humanidad como son las mujeres.

Llega Jesús a la casa de las hermanas Marta y María. (Lc.10, 38-41). Jesús venía de camino con al menos 12 discípulos y llega a una casa de aldea, por lo tanto no sería tan grande y tal vez sin servidores.

Imaginemos el bullicio, el reguero de cosas: hay que buscar agua para lavar los pies, algo de comer, algo de beber, lugar para acomodarse. Marta desbordada y desesperada no puede más. Mientras su hermana María está sentada a los pies de Jesús, como los discípulos varones, rompiendo los

moldes sociales de la época, pues los maestros no aceptaban a mujeres entre sus discípulos, ni se preocupa del servicio a prestar a los huéspedes, al contrario, toda su ocupación es escuchar a Jesús.

Jesús no descalifica el trabajo de Marta, por otra parte necesario, pero la ayuda a buscar otras dimensiones de la vida, para no quedar esclavizada, atrapada en las necesidades materiales, aún las más primarias.

Que lección para nuestros días en que la mínima satisfacción de las necesidades primarias conlleva un desgaste de energías, tiempo, recursos, que hace que casi todo nuestro ser esté pendiente de buscar y encontrar el mínimo necesario.

“Hay una parte mejor que nadie se la va a quitar”, dice Jesús de María la discípula, con la cual Jesús eleva la condición de la mujer, la libera de los condicionamientos sociales de su tiempo, reconoce las virtualidades de su ser integral, cuerpo y espíritu, como el varón, y puede ser muy bien mensajera de la Buena Noticia de Jesús.

Es el cambio que experimentó la mujer samari-

tana en su encuentro con Jesús (Jn, 4, 4-42) pues hasta olvidó su cántaro, su tarea doméstica, para anunciar a sus paisanos que se había encontrado con el Salvador.

También las mujeres que iban a hacer el trabajo de embalsamar el cuerpo de Jesús, se convierten en testigos de la Resurrección (Lc. 24, 1-10).

Tengamos en cuenta a la profetisa Ana ¿jubilada?, pensionada?, ¿caso social?, quien después de encontrarse con el bebé Jesús, habla de Él a todos los que esperan la liberación de Israel.

Y es como decía Juan Pablo II: “Nadie puede conocerte y no amarte, amarte y no seguirte”.

Encontrarse con Jesús en cualquier circunstancia de la vida, es encontrarse “con esa energía que posee para transformarlo todo”, como nos recuerda Pablo, en este año paulino, aniversario 2000 de su nacimiento. Él dejó también escrito: “Ya no importa ser hombre o mujer, porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo”. (Gal. 3,28)

